

# “Nihil novi sub sole”, signos y antesignos de los tiempos

---

*German R. Rosa Borjas, s.j.\**

Vivimos en tiempos en los que de manera sórdida se va imponiendo el lema: *nihil novi sub sole* (nada nuevo bajo el sol). Lo que se presenta como nuevo ya ha ocurrido anteriormente y luego continuaremos en un movimiento sin término a vivir el ciclo implacable de la vida, del acontecer y la contingencia en un eterno retorno, sin sentido ni meta, pero retornando inevitablemente, sin un final en la nada. Todo es transitorio, todo cambia y nada tiene sentido, finalmente caemos en el abismo del vacío. La nada es el sin sentido eternamente.<sup>1</sup> En lo más profundo de la cultura que pretende globalizarse, aparece una especie de nihilismo que poco a poco va posicionándose de los corazones humanos y, de manera inadvertida, en un momento estamos convencidos que no hay otro modo de vivir y hacer las cosas que adecuarnos a la tendencia de transmutar los valores<sup>2</sup>, las opciones fundamentales y tomar las decisiones más importantes, asumiendo que todo pasa y que todo es transitorio. Total, con el devenir nada se logra, nada se alcanza, no hay ninguna verdad absoluta, el bien es relativo así como los valores fundamentales, todo aparece sin sentido.

En la civilización del capital hay antesignos que es importante prestarles la atención debida. Estos antesignos cuestionan nuestra fe, la acrisolan y nos sitúan en una actitud de búsqueda auténtica de la voluntad de Dios para realizarla.

---

\* Jesuita, vive en San Salvador. Pertenece al consejo de dirección de Diakonia.

<sup>1</sup> Cfr. Hans Küng, *¿Existe Dios?*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979, pp. 548-551.

<sup>2</sup> Convertir unos valores en otros valores. Mudar o convertir una cosa en otra. Cfr. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española h-z*, Tomo II, Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1992, p. 2011.

Intentamos pensar sobre los antisignos de los tiempos. Pero para hablar de antisignos de los tiempos en teología es importante aludir a lo que se ha entendido por signos de los tiempos. Recorreremos la vía positiva tratando de entender qué son los signos de los tiempos, para luego llegar a esbozar lo que son los antisignos de los tiempos, finalmente concluiremos esbozando algunos aspectos importantes del compromiso que nos demanda la realidad latinoamericana.

## 1. Signos y antisignos de los tiempos

En sentido amplio el signo es un objeto, fenómeno o acción material que representa o sustituye a otro objeto, fenómeno o acción. El signo es un indicio o una señal de algo, nos hace entender una cosa por analogía, por ejemplo, el humo es signo del fuego.<sup>3</sup>

Los signos indican otra realidad, hacen referencia y dan noticia de algo ausente o lo hace presente, lo revela o lo oculta.<sup>4</sup>

Jesús nos habla de los signos de los tiempos en el evangelio (Mt 16,3; Lc 12,54-56). Al mismo tiempo, nos interpela para interpretarlos.

En la tradición teológica latinoamericana se ha reflexionado sobre los signos de los tiempos que nos remiten, nos indican y nos hacen referencia a la realidad última de Jesús que es el reino del Padre. Jesús hace presente el reino con signos o milagros en su tiempo (Cfr. Mc 1,15; Mc 5,41; Mt 4,23-25; 9,35; Lc 4,43; 8,1-3; Lc 10,13; Mt 9,18-34; Mt 11,20; Jn 11,20-44). Los signos de los tiempos hacen presente o revelan la buena noticia del Reinado de Dios en la historia: "En cierta medida Jesús era un taumaturgo que en sus acciones veía un signo de que a través de él había llegado una nueva cercanía del reino de Dios".<sup>5</sup>

Los signos de los tiempos hacen referencia a las acciones que muestran la presencia salvífica de Dios: "Son signos temporales, históricos, de modo que, a través de ellos, a través de su opaca transparencia, se nos hace presente el Dios histórico, el Dios que es

---

<sup>3</sup> Cfr. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española h/z*, Tomo II, Op. cit., p. 1879.

<sup>4</sup> Cfr. Karl Rahner y Herbert Vorgrimler, *Diccionario Teológico*, Editorial Herder, Barcelona, 1996, n° 697.

<sup>5</sup> Karl Rahner, *Curso fundamental sobre la fe*, Editorial Herder, Barcelona, 1979, p. 301.

más Dios de vivos que de muertos, más de las personas que de las cosas, más del acontecer histórico que del curso natural".<sup>6</sup>

Dios se hace presente en las cosas que suceden, en la vida de los seres humanos, en la historia. Discernir los signos de los tiempos es para que identifiquemos dónde se hace presente Dios y cómo debemos corresponder a la voluntad de Dios en nuestros tiempos.

En América Latina hay presencia de Dios en la comunidad cristiana, en los proyectos a favor de la vida de la gente, en la participación y la organización de la comunidad, en la lucha por los derechos humanos y, de manera particular, los derechos de la mujer, los movimientos ecológicos y pacifistas, etc. Todos estos signos tienen que ser interpretados desde el signo principal que nos indica o nos hace referencia al Dios de Jesús o al Dios del Reino. En América Latina este signo principal de la presencia de Dios ha sido identificado en el pueblo crucificado históricamente: "Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida".<sup>7</sup>

El gran "signo de los tiempos" percibido por los obispos latinoamericanos es un sordo clamor de grupos humanos que viven en la miseria y la marginación: "Esa miseria, como colectivo, es una injusticia que clama al cielo".<sup>8</sup> En la actualidad ese clamor es universal.

Identificamos los signos de los tiempos haciendo una lectura de la realidad a la luz del evangelio, interpretando el presente para actualizar la voluntad de Dios expresada en el evangelio. Dicho en un lenguaje que nos suena familiar, partimos del primado de la realidad para iluminarla con la buena noticia del reino de Dios.

Jesús al anunciar la buena noticia del reino de Dios con sus palabras y sus acciones se constituye en la fuente primordial para determinar los signos de los tiempos en la actualidad, y el evangelio lo revela de manera

<sup>6</sup> Ignacio Ellacuría, "Opción preferencial por los pobres. Discernir 'el signo' de los tiempos", en *Escritos Teológicos, Tomo II*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 2000, p. 133.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>8</sup> Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano CELAM, "Justicia", *Medellín*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, C.A., 1987, n° 1.

clara y transparente. La presencia de Dios se identifica en el hambriento, el sediento, el migrante o forastero, el desnudo, el enfermo y el encarcelado (Mt 25,35-36). Dicho brevemente, Dios se identificó con los pobres, los humildes y los sencillos de manera extraordinaria, aunque no haya sido reconocido así por los sabios de este mundo, ni los escribas y fariseos, ni los levitas, sacerdotes y poderosos.<sup>9</sup>

Identificar los signos de los tiempos es un ejercicio de discernimiento. El Jesús histórico ha cesado, ha dejado de existir, pero hay una continuidad porque el Espíritu de Jesús resucitado continúa sugiriendo lo que Jesús de Nazaret, de estar presente, hubiera querido decirnos ante los problemas de hoy.<sup>10</sup> Esto nos mantiene en la tensión histórica y escatológica, sin triunfalismos, ni desencantos fatalistas que sólo llevan al suicidio a la humanidad. El auténtico espíritu cristiano se sustenta sobre ésta verdad fundamental: el resucitado es el crucificado y el crucificado es el resucitado.

Dios se revela porque quiere (D. 1788, D. 1789) y Dios continúa su obra reveladora por su Espíritu.<sup>11</sup> Hay que afinar el discernimiento para identificar la voz de Dios: “pues el reconocer hoy lo que sería, para ‘nuestra’ realidad, la ‘palabra que Dios diría’ es una tarea que hay que reemprender una y mil veces dentro de las comunidades que forman la base de la Iglesia y que se interrogan por el contenido enriquecedor y liberador de su fe”.<sup>12</sup>

Hay una hermenéutica en movimiento de espiral, por ejemplo, Jesús vive una verdadera *kénosis* (Fil 2,5–11), está atento a las señales de los tiempos que vienen de los seres humanos que sufren, los pobres, los oprimidos, las personas que están limitadas en sus posibilidades humanas.

Los antisignos son los signos del antirreino, ocultan los signos de los tiempos y hacen referencia a la realidad última del mal en la historia.

---

<sup>9</sup> Cfr. Ignacio Ellacuría, “Opción preferencial por los pobres. Discernir ‘el signo’ de los tiempos”, *Op. Cit.*, p. 134.

<sup>10</sup> Cfr. Juan Luis Segundo, “Revelación, fe, signo de los tiempos”, en ELLACURÍA Ignacio, SOBRINO Jon, *Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación, Tomo I*, Editorial Trotta, S.A., Madrid, 1990, p. 456.

<sup>11</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 459.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 459.

Los antisignos reflejan pálidamente o de manera cifrada el reino del mal y de las tinieblas o las sombras de la muerte (Mt 4,16; Mt 22,13; Mt 25,30; Lc 1,79). El poder del antirreino es el poder del reino de las tinieblas (Lc 22,53) que condena al justo y al inocente. Sin embargo, la luz brilla en medio de las tinieblas (Jn 1,5) y no la puede apagar ni opacar. No obstante, los seres humanos podemos preferir las tinieblas a la luz cuando nuestras acciones son malas (Jn 3,19).

El seguimiento de Jesús nos aleja del reino del mal y las tinieblas (Jn 8,12). El que recorre el camino de la oscuridad no sabe a dónde va (Jn 12,35). Jesús ha venido al mundo para que todo el crea en él no permanezca en las tinieblas (Jn 12,46).

Al hablar de antisignos de los tiempos, nos estamos refiriendo a lo que se opone o está en dirección diametralmente opuesta a los signos de los tiempos, a lo que nos hace referencia al reinado de Dios en la historia. Los antisignos son los signos del antirreino que nos evocan, nos provocan y nos convocan a actualizar la presencia de éste en el mundo actual. De ahí que podemos comprometernos con todo lo que destruye al ser humano.

Podemos hablar de los antisignos de nuestro tiempo que son muy visibles y hasta son hegemónicos en la cultura global que se va imponiendo a pasos agigantados y de manera galopante.

Los grandes cambios que vamos sufriendo en nuestra época van acompañados de una gran indiferencia de las masas, nos sentimos dominados por los sentimientos de reiteración y estancamiento, la autonomía privada no se discute, lo nuevo se acoge como lo antiguo, se banaliza la innovación y el futuro no se asimila a un proceso que tiene un horizonte claro o definido hacia el cual confluyen los frutos recogidos de lo inmediato o de lo que vamos cosechando día tras día.

Todo pasa y todo es relativo, nada es permanente, ni nada tiene valor duradero, lo más importante es dejarse llevar por la tendencia de moda y no complicarse la vida nadando contra corriente. De todas maneras lo que fue no será y lo que vamos haciendo no tiene sentido duradero. Todo cambia continuamente y todo varía de acuerdo a los sujetos, los grupos y las circunstancias.

Este modo de entender y concebir la vida nos va muy bien cuando estamos habitados por el espíritu de la época posmoderna, en la que se

redescubre la subjetividad y la dimensión personal teniendo como horizonte los proyectos a corto plazo, las experiencias gratificantes son más valoradas y el curso de la vida está configurado por los pequeños pasos abiertos siempre a lo novedoso pero sin cuestionarnos, ni preocuparnos por visiones globales o estructurales.

El espíritu nihilista nos consume y nos invade cuando hemos transitado por la crisis de paradigmas y de grandes utopías, cuando nos vamos acostumbrando a los pequeños relatos y sentimos fobias a los grandes horizontes. Total, todo pasa y nada es duradero, dicho de otra manera, “nadie se baña dos veces en el mismo río” porque todo fluye. Hay que aprender a ser flexibles y adecuarse al mundo en que vivimos.

Los antisignos nos subsumen en la indiferencia ante el pueblo crucificado, nos provocan apatía ante la presencia de Dios en los rostros sufrientes desfigurados por el mal y el pecado de la humanidad.

## **2. El desencanto de la realidad y la praxis de la fe con un materialismo comprobante**

El nihilismo es un cierto tipo de escepticismo que nos lleva al desencanto, nos sujeta de pies y manos para no asumir el presente histórico, ni comprometernos con los proyectos históricos de nuestros pueblos latinoamericanos. Nos parece importante tratar brevemente este aspecto.

El nihilismo niega la consistencia de la realidad y la objetividad en el sentido más amplio. Plantea que no hay ninguna verdad y se anulan valores precedentes, con vistas a la “trasmutación” de los valores para convertirlos en otros valores: “el término es de uso muy frecuente para indicar aquellas orientaciones de pensamiento que niegan la objetividad de los valores, la ausencia de todo sentido de la realidad y de la existencia humana y finalmente el absurdo total del obrar y de la experiencia humana”.<sup>13</sup>

El nihilista recorre la vía crítica negativa del pensamiento y la argumentación y llega a sospechar sobre las verdades elementales y los dogmatismos, también sospecha del orden jerarquizado y del conocimiento sistemático.<sup>14</sup> Se cuestiona los fundamentos del conocer y

---

<sup>13</sup> Giacomo Cannobbio, *Pequeño Diccionario de Teología*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1992, p. 210.

<sup>14</sup> Cfr. Fernando Savater, “Nihilismo. El pensamiento negativo: del vacío a los mitos”, en QUINTANILLA

el obrar del ser humano, con agudeza, radicalidad y profundidad. El nihilista es un auténtico maestro de la sospecha del mundo racional, de lo que se considera justo, armónico y valioso: "Todo conocimiento es proyección, el secreto de la verdad es la voluntad de poder, proyectamos nuestros valores como predicados del ser, y sustituimos el devenir cambiante y anárquico de los acontecimientos por un orden estable y racional".<sup>15</sup>

Lo que consideramos como lo verdadero, lo bello y lo bueno se juzga como ilusión: "No se trata de descifrar los lenguajes para llegar a la verdad, porque ésta no existe".<sup>16</sup> Todo es proyección, representación y simulacro, nada es verdadero: "se neutraliza la verdad, cuestionando su pretensión de universalidad desde la multiplicidad de perspectivas que impiden que una se convierta en la referencia absoluta y normativa".<sup>17</sup> Sin embargo esto nos lleva a un relativismo de la verdad y el sin sentido de la vida y de la praxis considerados como un absurdo.

Este espíritu escéptico puede llevarnos a una parálisis política y social, porque no nos lanza al compromiso, mucho menos a ponerse al servicio de la sociedad. En nuestro contexto, esto es peligroso porque desmoraliza y desencanta para no apostar por la solidaridad, ni asumir la opción por los pobres, los débiles, los enfermos, los desvalidos. Pues lo que sí tiene valor e importancia es desarrollar la voluntad del poder individual y devenir una estirpe más fuerte, una forma superior de ser humano que no tiene piedad ni condescendencia con la debilidad y la fragilidad humana.<sup>18</sup> No sería extraño que en el último periodo del siglo XX en el que se ha acentuado un cierto darwinismo social y económico, responda a este ideal de superhombre que es la proyección del ser humano ideal planteado por Nietzsche.

El nihilismo plantea que lo que parece que era verdadero en el pasado no lo es hoy, de modo que es necesario replantearnos nuestras

---

Miguel A., *Diccionario de filosofía contemporánea*, Ediciones Sigueme, Salamanca, 1985, pp. 334-346.

<sup>15</sup> Juan Antonio Estrada, *La pregunta por Dios. Entre la metafísica, el nihilismo y la religión*, Editorial Desclee De Brouwer, S.A., Bilbao, 2005, p. 289.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 291.

<sup>18</sup> Cfr. Hans Küng, *¿Existe Dios?*, *Op. cit.*, pp. 563-566.

opciones y lo que hay que hacer, sin importar lo que se vivió ni conservar la memoria histórica. Esto se concibe sencillamente como un pequeño estadio del movimiento evolutivo en que estamos inmersos. Sin embargo, al negar la objetividad y el sentido de la realidad se puede caer en una *fuga mundi*.

De cara al cristianismo, los nihilistas pueden refutar históricamente un tipo de fe en Dios que sea cómplice del *estatus quo*, que se preocupa de "la salvación del alma", que menosprecia el mundo real en que vivimos, etc. Pero los nihilistas no sólo niegan un tipo de fe en Dios, sino que niegan la fe en la humanidad y sus posibilidades reales para transformar la historia. Sin embargo, es importante destacar que desde la fe cristiana auténtica se asume el espíritu crítico profético que niega radicalmente toda alianza con el antirreino, denuncia el absurdo y el sin sentido del mal, del pecado, de la injusticia individual y estructural, etc., pero se anuncia la esperanza, la justicia, el sentido último de la vida y de la historia que es el reino de Dios, y no es el absurdo ni el vacío del sin sentido. Es evidente que hay que vivir en esa tensión del reino en presencia y en contra del antirreino para que se haga posible la justicia y el *shalom*<sup>19</sup> en presencia y en contra de la injusticia, la pobreza, la exclusión y la violencia. Desde la fe cristiana negamos a partir de la ortopraxis y la ortodoxia el antirreino para hacer posible el reino de Dios en la historia. Esto no nos lleva a decir que el antirreino no tiene consistencia, ni que el reino es transitorio y que carece de sentido. El *ethos* del antirreino es tan real y objetivo, por absurdo que éste sea, como el *ethos* del reino de Dios, aunque cambien los tiempos, los lugares y las personas.<sup>20</sup> La fe cristiana no puede aceptar la ausencia de sensibilidad, así como la indiferencia y el cinismo ante el dolor causado por el mal, la pobreza, la injusticia, dicho brevemente, por el antirreino.

En este contexto de escepticismo estamos llamados a dar razón de nuestra fe no sólo como un acto de creer, sino desde un materialismo

---

<sup>19</sup> Paz y bienestar fruto de la justicia (*sedeq, sedaqah, mishpa*) y la compasión (*rahamin*).

<sup>20</sup> El *ethos* es un conjunto de *costumbres, tradiciones sedimentadas*, es la expresión de una *experiencia* que va siendo acumulada por grupos humanos o grupos de profesionales. Lo que podemos entender semánticamente por el concepto *ethos* en su significado más fuerte es algo así como el "carácter", "el modo de ser adquirido" un estilo de vida, como si fuera "una especie de 'segunda naturaleza' que se implanta y se desarrolla a partir de la primera naturaleza física de que nos dota la propia Naturaleza desde el momento de nuestra conformación como seres vivos". Cfr. José Luis Fernández Fernández, *Ética para Empresarios y Directivos*, ESIC Editorial, Madrid 1996, p. 57.



comprobante<sup>21</sup> de la praxis cristiana en la que se verifica la misma fe. No se trata sólo de creer para dar razón de la fe, ni de entender para luego llegar a la fe cristiana, sino de hacer presente el Dios del reino, el Dios de Jesús en nuestro haber y poseer, sólo de esta manera se puede superar toda sospecha del absurdo de creer o el absurdo de la fe cristiana. El cristiano del siglo XXI debe ser un místico que vive la praxis de la fe con un materialismo comprobante.

Desde la fe cristiana al optar por el reino de Dios hacemos la crítica al trasfondo de los valores y desenmascaramos la falsedad de los dogmatismos económicos, políticos, sociales, de la voluntad de poder humano que se puede enmascarar con el discurso o la argumentación. También hacemos la autocrítica a la misma praxis cristiana y la teología subyacente. La opción por el reino asume la arbitrariedad de la historia, con toda su negatividad y el sin sentido de la sociedad y del ser humano, sin pactar con el individualismo y le da orientación a la decisión de la voluntad humana para hacer posible la fraternidad y la justicia. Al poner el reino de Dios como opción fundamental del cristiano, se supera todo peligro de afirmar a Dios a costa del ser humano. La vida y la existencia humana no se devalúa sino que cobra su pleno sentido y es lanzada a su verdadera plenitud en la historia y más allá de la historia.

### **3. La pseudoutopía del capital, el gran antisigno de los tiempos**

El gran antisigno de los tiempos es precisamente lo que Ignacio Ellacuría ha denominado la civilización del capital, al cual están subordinados otros pequeños antisignos de nuestro tiempo.

La civilización del capital es la gran pseudoutopía que va dibujándose al centrar la vida en lo inmediato de la gratificación del consumo, de las preferencias del mercado, de valorar aquello que nos satisface y nos ayuda a vivir en "el paraíso terrenal" sin mirar más allá del micro-cosmos que nos construimos para no sentirnos afectados por lo que destruye la condición humana, los dramas y las tragedias de los

---

<sup>21</sup> "Materialismo comprobante" es una formulación expresada por Ignacio Ellacuría en su discurso al recibir el premio Alfonso Internacional Comín, 1989, otorgado a la Universidad Centroamericana de San Salvador, José Simeón Cañas y a su Rector Ignacio Ellacuría, por la Fundación Alfonso Comín, Barcelona, Noviembre de 1989.

pueblos y la humanidad. La pseudoutopía de la civilización del capital es tan eficaz que nos imbuje en el mundo mágico de la imagen, toca perfectamente las melodías del erotismo y el placer, nos hace sentir que vivimos el mundo real cuando estamos sencillamente empobrecidos por la realidad virtual. Todo ello para no tocar la dura realidad al desnudo, ni sentir la vergüenza de lo que nos subyuga. Ignacio Ellacuría lo expresa de esta manera:

“La civilización de la riqueza y del capital es aquella que, en última instancia, propone la acumulación privada del mayor capital posible por parte de individuos, grupos, multinacionales, estados o grupos de estados, como la base fundamental del desarrollo y la acumulación poseedora, individual o familiar, de la mayor riqueza posible como base fundamental de la propia seguridad y de la posibilidad de un consumismo siempre creciente como base de la propia felicidad. No se niega que tal tipo de civilización, vigente tanto en el este como en el oeste y que debe llamarse civilización capitalista –sea capitalismo de Estado o capitalismo privado–, ha traído bienes a la humanidad, que como tales bienes deben ser conservados y propiciados (desarrollo científico y técnico, nuevos modos de conciencia colectiva, etc.), pero han traído males mayores y sus procesos de autocorrección no se muestran suficientes como para revertir su curso destructor”.<sup>22</sup>

La civilización de la riqueza ha creado un abismo que divide el mundo en países ricos y países pobres.<sup>23</sup> Sin ignorar, tal como lo expresa el magisterio de la Iglesia, la realidad de pecado personal y estructural que se constata en este hecho. Se propician las actitudes opuestas a la voluntad divina y al bien de la humanidad, desatando los deseos de la acumulación de la riqueza y la concentración del poder para imponer a los demás la propia voluntad.<sup>24</sup> Muchas veces, la riqueza y el poder son cadenas que oprimen no solamente a personas o individuos, sino a pueblos y países enteros.

El antisigno mayor de nuestro tiempo, tiene otros antisignos que son sus manifestaciones colectivas más evidentes ayuda cuestionarlos desde una perspectiva profética.

---

<sup>22</sup> Ignacio Ellacuría, “Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica”, en *Escritos Teológicos II*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 2000, p. 273.

<sup>23</sup> Cfr. Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis (La preocupación social de la Iglesia)*, 1987, N° 13 - N° 15.

<sup>24</sup> Cfr. *Ibid.*, n° 36 - n° 37.

Entre los antisignos que más se destacan podemos mencionar: la conquista de la realización personal como modo concreto y meta para dominar el mundo, la búsqueda del placer y la gratificación inmediata de las acciones individuales, así como, lograr el óptimo de los resultados de dichas acciones, también éstas se centran en alcanzar el óptimo de las utilidades y los beneficios personales pretendiendo que éstos van a traer como consecuencia el bienestar del mayor número posible de los ciudadanos o de las colectividades.

Además, el espíritu de la época que subsume las masas despierta una sensibilidad extraordinaria para aprender a llorar por la poesía y las tragedias griegas, la literatura, los dramas de las telenovelas, sorprendernos con la destrucción ecológica de "*Matrix*" y las escenas de las destrucciones de los bosques y ecosistemas que aparecen en "*El Señor de los Anillos*", sin ser conscientes de nuestra situación y condición de pobreza y la miseria humana real. Si retomamos un lenguaje de la espiritualidad clásica, podemos decir que aprendemos a "llorar a Dido muerta y su muerte de amor, mientras veía yo pasar sin lágrimas mi propia muerte; una muerte que moría yo lejos de ti, que eres mi Dios y mi vida".<sup>25</sup> En la civilización del capital, "*mammón*" (el dios dinero confrontado al Dios del reino en Mt 6,24; Lc 16,13) ha desplazado al Dios de Jesús, al Dios del Reino.

La parodia del drama humano es que podemos desarrollar toda la sensibilidad estética posible, más aún, conmovernos con el realismo del arte con toda la carga de dramatismo de la miseria pero sin poderla contemplar en los rostros humanos reales, los rostros de nuestros pueblos sufrientes y crucificados: "Pues no hay nada más lamentable que la condición de un miserable que no tiene compasión de su miseria. ¿Quién tan desdichado como uno que lloraba la muerte de Dido por el amor de Eneas pero no esa otra muerte propia, muerte terrible, que consiste en no amarte a ti, ¡oh Dios!, luz de mi corazón y pan de mi alma, fuerza que fecunda mi ser y los senos de mi pensamiento?".<sup>26</sup> El Dios de San Agustín es el Dios de Jesús, el Dios de la buena noticia del Reino para los pobres, los humildes, los excluidos y los pecadores.

<sup>25</sup> San Agustín, *Las Confesiones*, Ediciones San Pablo, Madrid, 1998, Libro I-Capítulo 13, 20.

<sup>26</sup> *Ibid.*, Libro I-Capítulo 13, 21.

Es importante tener presente que Jesús inicia su ministerio público predicando el Reinado de Dios teniendo una cercanía con las gentes afectadas por la enfermedad (Mt 4,25; 14,15; 15,30-31; 19,2; Mc 3,9-10; 5,24-25; Lc 5,15; 6,17; 9,11), trata con las personas endemoniadas (Mt 4,25; 17,14-18; Mc 3,9-11; 9,17-18; Lc 6,17-19; 9,38-39), trata con los pecadores (Lc 3,7; 5,29), se relaciona con personas que sufren de hambre (Mt 14,19-23; 15,32; Mc 8,1-2; Lc 9,12). Jesús está con los pobres.

Pobres en la Sagrada Escritura son los enconvados (*anawin*) bajo el peso de alguna carga, es decir: "los despreciados por la sociedad vigente, los tenidos por pecadores, los publicanos, las prostitutas (Mc 2,16; Mt 11,19; 21,32; Lc 15,1ss), los sencillos, los pequeños, los más pequeños (Mt 11,25; Mc 9,36ss; Mt 19,42; 18,10.14; Mt 25,40.45), los que ejercen profesiones despreciadas (Mt 21,31; Lc 18,11)".<sup>27</sup> Dicho brevemente, pobres son todos los marginados que estaban excluidos de la salvación por su ignorancia religiosa y su comportamiento moral.

La civilización del capital ha favorecido el incremento de la pobreza y la brecha entre los que tienen y los que no tiene, los que acumulan la riqueza y el capital y los que son empobrecidos.

La pseudoutopía de la civilización del capital en el pensamiento ético-teológico de Ignacio Ellacuría tiene su polo dialéctico en la civilización del trabajo. El trabajo se ha convertido en un recurso raro. El trabajo nos dignifica, nos realiza como seres humanos y nos posibilita plenificar los pueblos y las culturas. Trabajando vamos construyendo el hogar común que queremos tener. Sin embargo, la tendencia global es la primacía del capital sobre el trabajo con todo lo que esto implica. Las consecuencias de esto son desde los salarios irrisorios, el desempleo, el subempleo, hasta las migraciones masivas de los países del sur para buscar mejores oportunidades en los países del norte. Lo cual no siempre resuelve los grandes problemas internos de nuestros países afectados por esta primacía del capital.

#### **4. La utopía de la civilización del trabajo, antítesis de la civilización del capital**

La civilización del trabajo para Ignacio Ellacuría, tiene su sinónimo, y es la civilización de la pobreza o de la austeridad compartida por

<sup>27</sup> Jon Sobrino, *Jesucristo Liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, UCA Editores, 1996, p. 144-145.

contraposición a la civilización de la riqueza, y no porque pretenda la pauperización universal como idea de vida: "La civilización de la pobreza propone, como principio dinamizador, frente a la acumulación del capital, la dignificación por el trabajo, un trabajo que no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del hombre. El trabajo visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar la satisfacción de las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y de hetero-explotación y superaría, asimismo, desigualdades no sólo hirientes, sino causantes de dominación y antagonismos".<sup>28</sup>

La civilización del trabajo es la que puede proveer de lo fundamental como punto de partida para la plenificación humana. Los esenciales mínimos son la salud, la educación, la ocupación laboral y el descanso, etc. Estos no agotan el horizonte sino que son condición *sine qua non* para alcanzar el sueño de una América Latina más humana.

Ante la falacia de vivir el momento inmediato para alcanzar la realización individual, se antepone la necesidad de construir juntos el horizonte, ante el dinamismo de la gratificación individual prima el principio de realidad de situarla en el contexto de una mayor plenitud humana recorriendo juntos el camino de la solidaridad para enfrentar los desafíos de los grandes problemas que nos afectan como personas y como pueblos. De cara a buscar el máximo de la utilidad individual, se recupera el horizonte objetivo y real de historizar el reinado de Dios que es el *summum* del bienestar universal.

Si recogemos el fruto del día (*carpe diem*) teniendo este horizonte, nos damos cuenta que el tiempo no es sólo una categoría a priori sino que lo que cosechamos perdura, lo que fluye también tiene su consistencia y puede ser configurado según un horizonte común, lo mejor que puede ocurrirnos es despojarnos de la indiferencia, del sin sentido y esa pseudosensibilidad de la reiteración y el estancamiento.

El gran signo de los tiempos es paradigmático y sigue siendo los empobrecidos, los excluidos y las víctimas en la historia. Dicho

<sup>28</sup> Ignacio Ellacuría, "Utopía y profetismo desde América Latina. Un ensayo concreto de soteriología histórica", *Op. cit.*, p. 275.

teológicamente, el gran signo de los tiempos son nuestros pueblos crucificados y desde ahí se suscita la premura de recuperar el profetismo y la riqueza de los movimientos sociales que nos salvan de un individualismo y de las mezquinas conquistas empobrecidas de nuestros micro-cosmos, también de impregnar la ética en la política.

Los antisignos de los tiempos nos proveen de una visión inconsistente e insostenible, porque la civilización del capital no es universalizable y porque no asume ni redime a los empobrecidos ni los excluidos, dicho brevemente, sigue produciendo víctimas y sigue enterrando la esperanza de los seres humanos y de los pueblos. En definitiva, estos antisignos nos llevan a convertir a la humanidad en un desierto inculto y lleno de miseria.<sup>29</sup> Si el invitado especial de nuestros tiempos es el nihilismo, hay que desenmascararlo y despojarlo de todo el poder que impone en el espíritu humano la apatía ante el sufrimiento de los pobres, los excluidos y las víctimas; hay opciones y valores fundamentales desde nuestra fe cristiana que son antidotos efectivos para curarnos de este virus que destruye nuestras comunidades y nuestras sociedades. Lo bello y lo maravilloso no es simple y llanamente transitorio, sino que perdura porque tiene consistencia, lo bello y maravilloso siempre sorprende y siempre nos plenifica, así que nuestra opción por los pobres y los excluidos, por la síntesis de la fe y la justicia, por el diálogo ecuménico e interreligioso, por el servicio y la autodonación y por el deseo del Dios del reino para encarnarlo en nuestras vidas, sigue siendo actual y no es transmutable. El reino no se transmuta, sino que se actualiza y se hace presente, se realiza y despliega lo divino de lo humano y lo humano de lo divino en el presente y en el futuro definitivo.

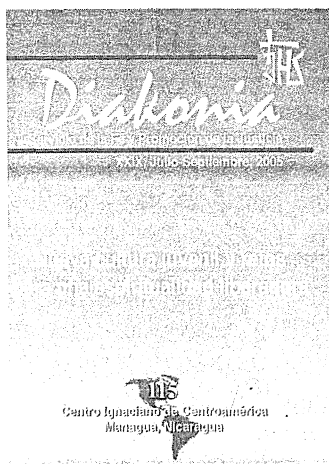
El reinado de Dios es la crítica profética más radical del absurdo de la civilización del capital, pero pregona el sentido de la civilización del trabajo como una mediación histórica que objetiva la esperanza humana de los pueblos latinoamericanos sin hundirnos en el abismo del vacío al que nos llevan los antisignos de los tiempos.

Los errores y desaciertos, los fracasos y las desolaciones, los desencantos y las desesperanzas vividas no son criterios absolutos para juzgar una vida plenamente entregada y coherentemente comprometida

---

<sup>29</sup> Cfr. San Agustín, *Las Confesiones*, Op. cit., Libro II-Capítulo 10, 18.

con la fe y la justicia, aunque podemos aprender y sacar muchas lecciones de ellos. Los grandes aciertos, los grandes logros y consolaciones, los grandes proyectos de liberación histórica de todo tipo de opresión, los grandes amores y las esperanzas vividas encarnados en nuestros pueblos, muestran una praxis de fe con un materialismo comprobante que hace presente el reinado de Dios en medio de nosotros. De esta manera se hacen historia en nuestros pueblos las palabras de Jesús: "Y sepan que el reino de Dios está en medio de ustedes" (Lc 17,21).



No se quede sin su DIAKONIA. Servicio de la Fe y Promoción de la justicia [diakonia@ns.uca.edu.ni](mailto:diakonia@ns.uca.edu.ni)

Una publicación editada por la Compañía de Jesús en Centroamérica. Ahora, tenemos otros Centros de Distribución, en los que usted podrá adquirirla.

Centro Monseñor Romero. UCA de San Salvador. P. German Rosa Borjas, sj.

Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE) de Guatemala. Sr. Vinicio Morales

Centro Ignaciano de Centroamérica. UCA de Managua. Sra. Juanita Rivera ([diakonia@ns.uca.edu.ni](mailto:diakonia@ns.uca.edu.ni))